Otra de las gratas novedades del libro lo constituye el siguiente trabajo, de R. Morais, sobre las cerámicas bracarenses, una producción conocida desde hace décadas pero de reciente sistematización, que producida en *Bracara Augusta* se difundió por todo el convento bracaraugustano, imitando, su repertorio tipológico, formas de *sigillata* y paredes finas especialmente.

El penúltimo estudio de este grupo, a cargo de E. Serrano, está dedicado a las cerámicas comunes altoimperiales, mundo tradicionalmente marginado pero que en los últimos lustros ha experimentado una fuerte transformación de la mano de importantes investigaciones. Aquí se da un repaso a todas ellas, ordenado según las distintas provincias de Hispania, si bien el aparato gráfico que ilustra el trabajo se centra en algunos de los más importantes talleres béticos. Para cerrar este bloque, un breve acercamiento a una de las producciones altoimperiales más raras y desconocidas producidas en el solar hispano: las cerámicas vidriadas, de la mano de A. Paz Peralta.

El bloque IV. Cerámicas hispanorromanas en la antigüedad tardía (siglos III-VII d. C.), refleja las graves carencias que aun presenta nuestro conocimiento de las producciones cerámicas de este vasto periodo histórico. Solo cuatro estudios intentan cubrir el amplio vacío existente.

El bloque se abre con un trabajo sobre las producciones de *terra sigillata* hispánica intermedia y tardía, a cargo de A. Paz Peralta, sin duda la más importante de las producciones fabricadas en el solar hispano durante los siglos III al V. En él se definen y exponen las características de esta compleja producción, incluyendo diversos análisis petrográficos, se ofrece un repaso historiográfico y se presenta una nueva tipología-cronología así como unas atribuciones iconográficas que, sin duda, darán mucho que hablar, y se añaden sendos capítulos dedicados a la distribución y a la problemática y líneas de investigación, muy centradas en los talleres riojanos, todo ello completado con un apéndice sobre análisis de cerámicas y un generoso aparato gráfico.

El siguiente trabajo a cargo de M. Orfila se dedica a la llamada *terra sigillata* hispánica tardía meridional, una cerámica común fina de origen bético, que imita algunas formas de las sigillatas tardías galas y africanas, y que a pesar de su escaso repertorio formal muestra una larga perduración que se estima entre finales del S. III y el siglo VII, y una distribución que parece abarcar buena parte de la Bética, penetrando en la Meseta hasta zonas del centro peninsular.

En el tercer artículo, X. Aquilué da un repaso a las imitaciones de cerámica africana, tanto de mesa como de cocina, fabricadas en Hispania tanto en la costa mediterránea o el valle del Ebro, donde hace algunos años que se vienen detectando, como en distintas zonas de la Bética, norte de Portugal (*Bracara Augusta*), sur de Galicia y el País Vasco.

El bloque se cierra con un amplio trabajo de J. Ramón sobre la cerámica ebusitana en la Antigüedad Tardía y un interesante estudio acerca de las producciones paleoandalusies de los siglos VIII y IX a cargo de M. Alba y S. Gutiérrez, en las que todavía se pueden rastrear los últimos influjos del mundo antiguo.

El bloque V. Algo más que cerámica: la singularidad de las ánforas, constituye otro de los muchos aciertos de esta obra, ya que efectúa, a lo largo de cinco trabajos, una extensa puesta al día de nuestros conocimientos sobre estos valiosos contenedores. Los dos primeros estudios nos acercan a los antecedentes ibéricos (A. Ribera y E. Tsantini) y a las producciones tardopúnicas (siglos III a I a. C.) de la zona del estrecho (A. M. Sáez), para entrar en los tres trabajos siguientes en las producciones hispanorromanas por zonas geográficas: Bética (E. García Vargas y D. Bernal), Tarraconense (A. López Mullor y A. Martín) y Lusitania (Carlos Fabião). Una valiosa y completa monografía, dentro de otra, con sus casi 130 páginas.

Y el bloque VI. Otras producciones alfareras y tendencias actuales, cierra este gran trabajo editorial y científico con cuatro estudios ciertamente novedosos. El primero, a cargo de L. Roldán, nos introduce en las producciones de material constructivo latericio, otro de los grandes marginados de los estudios ceramológicos, a pesar de su extraordinaria importancia para la comprensión de la edilicia romana. El segundo, dedicado a las terracotas y elementos de coroplastia, nos presenta, de la mano de M. L. Roldan, una ilustrativa introducción a este desconocido mundo y en especial a los aspectos relacionados con su fabricación y distribución. En el tercero J. M. Gurt y V. Martínez dedican una ilustrativa reflexión a la Arqueometría aplicada al conocimiento de las cerámicas arqueológicas, y a su indiscutible importancia en la comprensión de los procesos técnicos que tuvieron lugar en su fabricación y para la determinación de su origen. El bloque y la obra concluyen con una breve exposición de J. Remesal dedicada al grupo CEIPAC que, radicado en la Universidad de Barcelona y con más de veinte años dedicados especialmente al estudio de las ánforas, constituye uno de los grupos de investigación ceramológica más veteranos y prestigiosos del mundo.

Destacar por último, junto al gran trabajo realizado por los autores, el enorme bagaje bibliográfico que la obra aporta, imprescindible para poder profundizar en cualquiera de los temas abordados.

Entre las escasas lagunas reseñables, debemos mencionar la ausencia de un trabajo dedicado a las producciones de época visigoda, que en la última década han conocido un notable impulso, o la de algunas producciones regionales de importancia como las engobadas del Valle del Ebro, o las cerámicas comunes de la Cornisa Cantábrica, ausencias debidas exclusivamente a las múltiples vicisitudes que sufre un empeño editorial tan formidable, que no a la voluntad de los editores quienes, muy al contrario, son conscientes de la necesidad de un futuro esfuerzo suplementario que cubra estas ausencias.

Un estado de la cuestión oportuno y muy necesario al que habrán de seguir otros en años venideros, en respuesta al creciente interés por el estudio de las cerámicas de la Antigüedad, y que recientemente ha cristalizado en la creación de *EX OFFICINA HISPANA*, Sociedad de Estudios de la Cerámica Antigua en Hispania. El gran nivel editorial y científico de este tratado pone el listón muy alto para el futuro. Ni que decir tiene que una obra como esta no debe faltar en la biblioteca de ningún arqueólogo, historiador o estudioso de la Antigüedad.

LUIS CARLOS JUAN TOVAR
Sociedad de Estudios de la Cerámica
Antigua en Hispania
(secah.lcjt@gmail.com)

PIERO BERNI MILLET, *Epigrafía anfórica de la Bética. Nuevas formas de análisis*, (Col.leció Instrumenta, 14 / Union Academique Internationale - Corpus International des Timbres Amphoriques, 14), Barcelo-

na: Universitat de Barcelona y Real Academia de la Historia, 2008, 640 pp. ISBN: 978-84-475-3340-4.

Todo arqueólogo que haya excavado en un yacimiento de época romana del Mediterráneo occidental, datado entre los siglos I y III de la Era, habrá tenido probablemente que lavar, siglar y clasificar fragmentos de ánforas Dressel 20. Desde las alfarerías y almazaras romanas de las riberas del *Baetis*, el aceite que contenían estas ánforas rechonchas y panzudas, pero también macizas y resistentes, fue repartido por todas las grandes rutas comerciales del Imperio Romano occidental. Tras su consumo, los envases vacíos fueron a parar a los vertederos o bien se reutilizaron de diversas formas, por ejemplo como rellenos sanitarios bajo pavimentos. En las estratigrafías de todas las ciudades romanas, campamentos legionarios y grandes *villae* agrícolas los restos de estas ánforas Dressel 20 rellenan hoy los suelos de toda Europa occidental incluida la *Britannia*. En Roma, estas ánforas forman además un yacimiento particular y único. Junto al *emporium*, el puerto fluvial de la ciudad, a poca distancia tras la gigantesca *porticus Aemilia* y los grandes *horrea* portuarios, se levanta el famoso monte Testaccio, una montaña de 35 m de altura y casi un km de perímetro cuya vegetación se levanta hoy para asombro del visitante sobre un suelo compuesto enteramente por cascotes cerámicos de ánforas oleícolas procedentes de África, la Tripolitania y sobre todo por millones y millones de estas ánforas Dressel 20 béticas que se fueron depositando allí, año tras año, como mínimo hasta el año 257, la fecha más reciente allí documentada, aunque hoy sabemos que el comercio del aceite bético continuó con nuevos envases. Los orígenes de este monte/vertedero no han podido todavía delimitarse con precisión. Y es que trabajar en el Testaccio significa que cada metro cúbico de tierra excavada es en realidad un metro cúbico de fragmentos anfóricos repletos de epigrafía que deben ser estudiados.

En 1872 H. Dressel inició en el Testaccio la recogida de fragmentos anfóricos sellados descubriendo gracias a P.Luigi Buzza los letreros pintados (*tituli picti*) y sus variados registros perfectamente datados con fechas consulares. Una vez G. Bonsor pudo demostrar que eran las riberas del *Baetis* los lugares donde estas ánforas se producían, la línea de estudios estaba ya abierta. Los trabajos de M.H. Callender, M. Ponsich y sobre todo E. Rodríguez Almeida, G. Chic y J. Remesal, por citar únicamente a los investigadores más recientes, han ido cubriendo distintas etapas en la comprensión del fenómeno económico y social que significaba la producción del aceite bético a través de esta disciplina específica que es hoy la epigrafía anfórica.

Los estudios del profesor José Remesal sobre estas ánforas desde su producción en las riberas del Gudalquivir hasta su abandono en las ciudades y campamentos de las orillas del Rin y, sobre todo, la creación del grupo de investigación CEIPAC en la Universidad de Barcelona (http://ceipac.ub.edu), significaron un avance importante. Los nuevos sondeos arqueológicos emprendidos desde 1989 por J. Remesal en el Monte Testaccio junto a J.M. Blázquez y E. Rodríguez Almeida permitió la formación de una nueva generación de arqueólogos e historiadores especializados en la problemática tipológica y epigráfica de los envases anfóricos que pudieron ya aportar su habilidad en la utilización de las nuevas tecnologías informáticas. Hoy sabemos que cada ánfora Dressel 20 bien conservada reune todo un conjunto de variados epígrafes: grafitos *ante cocturam* en la parte inferior del ánfora con indicaciones precisas relativas al secado de las piezas para su unión posterior, sellos de marcaje en labios, asas o vientre y hasta cinco letreros pintados diferentes indicando la tara del ánfora (*circa* 30 kg), el nombre del comerciante, el peso neto de aceite (*circa* 70 kg), el control fiscal del envasado y un quinto numeral de significado aún oscuro. Enfrentarse en cada nueva campaña del Monte Testaccio a la catalogación de cientos y cientos de nuevos sellos y *tituli picti* obligó a sistematizar toda esta información y por ello P. Berni y A. Aguilera crearon la *Base Testaccio*, una base de datos epigráfica sobre sellos anfóricos que reúne hoy más de 18.000 entradas, 15.000 de ellas sobre ánforas Dressel 20.

El Dr. Piero Berni, profesor en la *Universitat Oberta de Catalunya* (UOC), investigador del CEIPAC y del *Institut Català d'Arqueologia Classica* ha dedicado a las ánforas Dressel 20 una buena parte de su carrera investigadora extendida igualmente a las ánforas vinarias de producción catalana. Berni es ahora autor de este impresionante y denso volumen de 640 páginas resultado de su tesis doctoral leída en la UB en el año 2007. En el mismo analiza la producción de las ánforas Dressel 20 a lo largo de las orillas de los ríos Guadalquivir y Genil en los territorios coloniales de *Corduba, Astigi* e *Hispalis* incluyendo el catálogo completo e individualizado de todos los sellos conocidos agrupados por alfarerías y por épocas. Se trata de una obra inmensa, cuidada y precisa, llena de detalles útiles en sus catálogos minuciosos que de alguna forma el autor ha querido dedicar a través de su título a los trabajos anteriores de Genaro Chic, *Epigrafía anforica de la Betica* y Jose Remesal, *La economía oleícola de la Betica: nuevas formas de análisis*, ambos continuadores de la primera gran prospección de M. Ponsich en las riberas del Guadalquivir en las décadas de 1960 y 1970.

Pero este nuevo trabajo nos sitúa ahora claramente en un escalón superior de la investigación. Por primera vez disponemos de un catálogo de yacimientos relacionado con el índice completo de sellos conocidos y lo que es más importante de una explicación convincente para el funcionamiento de estos sellos cuyo sentido preciso (¿marca del alfarero?, ¿del productor del aceite?, ¿de su negociante?) había dado lugar a un ya largo debate. Piero Berni ha podido confirmar con bases empíricas la hipótesis inicial de H. Dressel considerando estos sellos como las marcas epigráficas de los distintos talleres identificados con topónimos, nombres de los propietarios de los alfares y agentes de la producción. Las fases de la producción anfórica han podido ser bien individualizadas desde sus orígenes no ligados a los propios *fundi* productores del aceite sino como una actividad económica subsidiaria pero independiente en manos de empresarios que escogieron las zonas ricas en arcillas para situar alfarerías especializadas, primero en los alrededores de *Corduba* y *Astigi* y más adelante en torno al puerto fluvial de *Hispalis*. Unas alfarerías que con el tiempo adquirieron dimensiones gigantescas en un proceso monopolista de las *figlinae* consecuente a la toma del poder por Septimio Severo y el dominio directo por parte del emperador de gran parte de las actividades productivas.

Piero Berni hace un repaso detallado de la evolución tipológica de las ánforas Dressel 20 desde sus orígenes en los años 30-40 de la Era a partir de prototipos augusteos (las denominadas ánforas Oberaden 83 y Haltern 71 encontradas en los campamentos del *limes* germano) y cuya fabricación continuó hasta los años 250/275 de la Era con cinco varian-

tes principales bien datadas en las épocas julio-claudia, neron-vespasianea, flavio-trajanea, antoniniana y severiana / postseveriana. Los sellos presentan casi siempre cartelas rectangulares con letras excisas en una o dos líneas (en el siglo III por el contrario fueron mayoría las letras incisas), normalmente en lectura directa de izquierda a derecha. El sellado se realizaba con contramatrices de barro elaboradas a partir de matrices primigenias de las que se han encontrado hasta tres ejemplares diferentes en diferentes yacimientos. Para el arqueólogo de campo un sello sobre un ánfora Dressel 20 puede resultar un conjunto casi incomprensible de letras latinas unidas por todo tipo de nexos y en las que no siempre se dejan adivinar las interpunciones. Pero es cierto que el lenguaje siempre abreviado de estos sellos pudo comenzar a ser comprendido gracias a las primeras observaciones de Dressel identificando abreviaturas de *tria nomina*, iniciales FIG o F (de *figlina*) y EXOF u OF (de *ex officina*) acompañadas de los nombres de propietarios y jefes de taller. El autor defiende la utilización de moldes de silicona para la reproducción de estos sellos en ocasiones de lectura compleja por el desgaste y cuyos calcos o copias sobre papel pueden plantear problemas serios de interpretación.

Como bien indica Berni en realidad estos sellos fueron elementos de un lenguaje técnico para uso exclusivo de los talleres y de sus trabajadores. Por ello el principal mérito del epigrafista anfórico es ahora poder hacernos descubrir las claves de ese lenguaje, sus formas de representación y relación, las familias de sellos y las asociaciones nominales. La obra nos presenta así como conclusión un completo glosario alfabético de 83 denominaciones distintas que evidencian los nombres de los lugares de producción: ciudades, *portus, fundi, figlinae* y *officinae*.

Pero donde el trabajo de Piero Berni muestra su carácter sistemático es a través de un catálogo ordenado de 101 alfarerías reconocidas y documentadas a lo largo de los territorios de *Hispalis* (50 alfarerías), *Astigi* (22 alfarerías) y *Corduba* (29 alfarerías) todas ellas presentadas con sus sellos respectivos que plantean todo tipo de variantes respecto a los nombres de los establecimientos según las reglas antes comentadas.

Los índices epigráficos del final de la obra se extienden a lo largo de 80 densas páginas escritas a cuerpo 8, inferior al de nota. El investigador que accede a todo este inmenso material por fin identificado correctamente y ordenado con precisión no puede sino agradecer íntimamente el esfuerzo inmenso y los años de trabajo que ha debido representar. Imaginamos que Piero Berni como especialista habrá disfrutado sobre todo en el estudio de algunos sellos concretos de gran complejidad cuyos planteamientos nos brinda igualmente mostrándonos algunas resoluciones de gran belleza.

Queremos imaginar que H. Dressel y E. Hübner estarían orgullosos de ver hasta qué punto la correcta metodología de trabajo por ellos iniciada podría dar frutos tan precisos a partir de un material inicialmente poco agradecido. Sería un orgullo de pioneros, digno y justificado, que apreciamos igualmente en las palabras de presentación de este libro por parte de José Remesal. A este comentarista solo le queda añadir su felicitación al Dr. Piero Berni y la recomendación más sincera de su lectura.

JOAQUÍN RUÍZ DE ARBULO
Universitat Rovira i Virgili

PATRICIA ANELLO Y JORGE MARTÍNEZ-PINNA (eds.). *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia. Rapporti interculturali nel Mediterraneo Antico: Sicilia e Iberia.* Servicio de Publicaciones Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, Università degli Studi di Palermo 2008. 259 pp. ISBN: 978-84-7785-810-2.

Sobre la base existente de los numerosos estudios ya realizados acerca de las relaciones culturales, desde la prehistoria, en el ámbito histórico-geográfico del Mediterráneo Occidental, en 2006 se reunieron en Palermo un grupo de estudiosos españoles e italianos, que conformaban los equipos de una acción conjunta desarrollada entre el área de Historia Antigua de la Universidad de Málaga y la Cattedra di Storia Greca de La Università degli Studi de Palermo, con el fin de analizar las relaciones interculturales en el Mediterráneo occidental durante la antigüedad clásica, contempladas fundamentalmente desde la doble perspectiva ibérica y siciliana.

Los resultados de esta colaboración científica se han plasmado en este libro, que recoge las Actas de aquella reunión, bien estructurado a través de cuatro secciones monográficas: noticias legendarias con traslación a épocas históricas; análisis de aspectos históricos desde época arcaica hasta el Bajo Imperio; estudios de naturaleza geográfica; e interpretación historiográfica del lejano Occidente en los autores griegos. Si bien en el libro no guardan este orden.

En la primera sección se incluyen los trabajos de P. Anello y J. Martinez-Pinna, responsables del Proyecto y de la edición. P. Anello se centra en el décimo trabajo de Heracles, en Diodoro. Su contribución, que lleva por título: «Eracle eroe culturale tra Iberia e Sikelia» (pp. 9-42) tiene como objetivo poner de manifiesto la coincidencia entre el Occidente cosmológico y el Occidente geográfico, tomando por base no solo las fuentes literarias, sino también los documentos arqueológicos y epigráficos. Es una apuesta arriesgada que la autora asume al defender, basándose en Estesícoro y Timeo, la localización de Erytheia en Sicilia, reduciendo de este modo el espacio geográfico bien conocido por los antiguos y minusvalorando los hallazgos arqueológicos de Iberia, bien puestos de manifiesto por A. Domínguez Monedero en su contribución: «Comercio e intercambio entre griegos e indígenas en el Occidente del Mediterráneo» (pp. 43-66) y que en la autora ocupan un lugar secundario a pie de página. Y sobre todo, ignorando el importante papel del factor económico que supone la búsqueda de los metales en toda la colonización, aspecto que subyace en los mitos los cuales, no hay que olvidarlo, no son más que metáforas de la realidad, como ha expuesto de forma espléndida J. M. Blázquez en dos trabajos de gran interés.[1] Estas propuestas erróneas se deben seguramente a la escasa bibliografía manejada por la colega italiana, tanto española como extranjera sobre Iberia, recogida en el trabajo de J. Martínez-Pinna: «Las tradiciones fundacionales en la Península Ibérica» (pp. 245-259), magnífica síntesis de las tradiciones literarias en la Península Ibérica, que cierra el volumen.

En esta primera sección se incluyen asimismo las colaboraciones de G. Vanotti: «Minosse e Cocalo *History's Beginners*

[1] J.M. Blázquez, Mitos y leyendas griegas del Mar Negro y de Iberia: Arimaspos en Escitia y en Occidente, en *The Black Sea Litoral in the Hellenistic Times*, Tbilisi 1985, 1-15; ID., Cólquida e Iberia. La saga de los argonautas y otras leyendas de la Península Ibérica, en *Sur les traces des Argonautes*, Paris 1996, 102-109.